

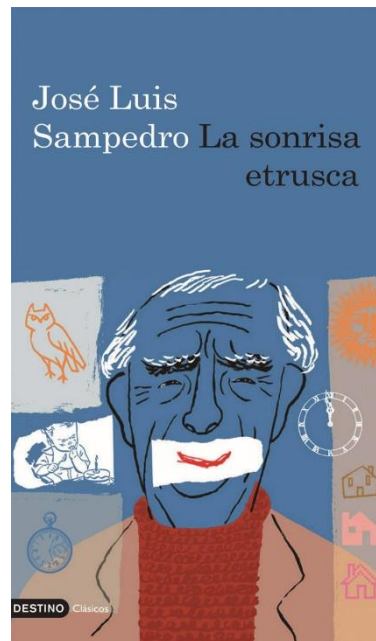


rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

LA SONRISA ETRUSCA



José Luis Sampedro

Murcia

José Luis Sampedro

<https://www.escriitores.org/biografias/346-jose-luis-sampedro>



José Luis Sampedro nació en Barcelona, en 1917. La variada procedencia geográfica y cultural de su familia supuso una influencia fundamental en su obra, ya que su padre había nacido en La Habana, su abuelo en Manila, su madre en Argelia y su abuela en Lugano, Suiza italiana. La familia se trasladó a Tánger cuando el futuro escritor contaba cinco años y medio, y éste permaneció en tierras africanas hasta la adolescencia. En Tánger nacieron sus hermanos Carlos y Carmen. Cuando estalló la guerra civil española, en 1936, fue movilizado por el ejército republicano pero más tarde se incorporó al bando contrario. Pasó la guerra en Melilla, Cataluña, Guadalajara y Huete (Cuenca). En este periodo se inició en la escritura de poemas.

En 1940 empezó a trabajar como funcionario de aduanas en Melilla, pero pidió el traslado a Madrid. Al acabar la guerra, escribió su primera novela, *La estatua de Adolfo Espejo* que, sin embargo, no fue publicada hasta 1994. En 1946 se casó con Isabel Pellicer, y al año siguiente nació su hija Isabel. En 1951 fue nombrado asesor del Ministro de Comercio. En este periodo escribió sus dos primeras obras de economía: *Principios prácticos de localización industrial* y *Efectos de la unidad económica europea*. En 1955 fue nombrado Catedrático de Estructura Económica, puesto que ocupó hasta 1969. Al ser expulsados de la Universidad los profesores Aranguren y Tierno Galván, se unió a ellos, junto con otros profesores, para crear el Centro de Estudios e Investigaciones (CEISA) que sería cerrado por el gobierno tres años después. Compaginó a lo largo de su vida la actividad docente con la de economista en el Banco Exterior.

En 1968 fue designado "Ann Howard Shaw Lecturer" en la universidad norteamericana "Bryn Mawr College". A principios de la década del setenta, decidió aceptar un puesto de profesor visitante en las universidades inglesas de Salford y Liverpool. En 1971 regresó al Ministerio de Hacienda como asesor Económico de la Dirección General de Aduanas e impartió cursos en la Escuela Diplomática, el Instituto de Estudios Fiscales y en la Universidad Autónoma de Barcelona. En 1977 fue elegido senador por designación real en las primeras Cortes democráticas y vicepresidente de la Fundación Banco Exterior.

En 1980 nació Miguel, su único nieto, el cual inspiró su obra más leída, *La sonrisa etrusca*, su primera novela de éxito clamoroso. En 1981 publicó *Octubre, octubre*, una extensa novela que le había ocupado veinte años de trabajo, y que él mismo ha calificado como "su testamento vital". Pero fue *El amante lesbiano*, publicada

en el año 2000, la que acaparó la atención de la crítica, y se convirtió en un éxito de ventas.

Sampedro empezó a escribir en la revista "Uno", influenciado por el descubrimiento de algunos de los escritores que despertaron su admiración. En 1990 José Luis Sampedro fue elegido miembro de la Real Academia Española.

A finales de los 90 se casó con la escritora, poetisa y traductora Olga Lucas Torre.

Fue brillantemente lúcido, ya casi centenario, hasta su muerte en abril de 2013. Ejerció su humanismo crítico acerca de la decadencia moral y social de Occidente, del neoliberalismo y las brutalidades del capitalismo salvaje. Las protestas en España de mayo de 2011 lo volvieron a poner de actualidad pues fue un acicate para que surgieran fue la publicación del libro ¡Indignaos! de Stéphane Hessel, cuyo prólogo en español lo escribió José Luis Sampedro.

En 2008, recibió la Medalla de la Orden de Carlomagno del Principado de Andorra

En abril de 2009 fue investido como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Sevilla.

El 22 de julio de 2010 recibió el XXIV Premio Internacional Menéndez Pelayo.

El Consejo de Ministros de 12 de noviembre de 2010 le otorgó la Orden de las Artes y las Letras de España "por su sobresaliente trayectoria literaria y por su pensamiento comprometido con los problemas de su tiempo".

Murió el 8 de abril de 2013 a los 96 años.



BIBLIOGRAFÍA

NOVELA

Congreso en Estocolmo, 1951.
El río que nos lleva, 1961.
El caballo desnudo, 1970.
Octubre, octubre, 1981.
La sonrisa etrusca, 1985.
La vieja sirena, 1990.
Real sitio, 1993
La estatua de Adolfo Espejo, 1994.
La sombra de los días, 1994.
El amante lesbiano, 2000.
La senda del drago, 2006
Cuarteto para un solista, 2011
Monte Sinaí, 2012

CUENTO

Mar al fondo, 1992.
Mientras la tierra gira, 1993.

Obras económicas

Principios prácticos de localización industrial, 1957.
Realidad económica y análisis estructural, 1959.
Conciencia del subdesarrollo, 1973.
Las fuerzas económicas de nuestro tiempo, 1967.
Inflación: una versión completa, 1976.
El mercado y la globalización, 2002.
Los mongoles en Bagdad, 2003.
Sobre política, mercado y convivencia, 2006
Economía humanista. Algo más que cifras, 2009

OTRAS OBRAS

Escribir es vivir, 2005
La ciencia y la vida, 2008
Reacciona, 2011

PREMIOS

I Premio Julián Besteiro de las Artes y las Letras
XXIV Premio Internacional Menéndez Pelayo 2010
Premio Nacional de las Letras Españolas 2011

https://elpais.com/diario/1985/05/27/cultura/485992814_850215.html

JOSÉ LUIS SAMPEDRO BUSCA LA SENCILLEZ EN 'LA SONRISA ETRUSCA'

El escritor de 'Octubre, octubre' publica la historia de un campesino que descubre a su nieto en la ciudad

PEDRO SORELA | Madrid 27 MAY 1985

Se conmueve cuando se le dice que su nuevo libro, La sonrisa etrusca, parece escrito con vocación de sencillez y fuerza. "Escribo con una pasión enorme", dice José Luis Sampedro. "La pasión de expresarme. En el libro no hay trucos literarios. Está escrito con la máxima sencillez que he podido alcanzar". La novela de este hombre descomplicado y entusiasta, que se tiene por un buen constructor de historias, trata de un viejo partisano calabrés que viaja a Milán para ver al médico y descubre a su nieto, y a través de él vuelve a vivir. José María Caballero Bonald y Luis Carandell presentarán La sonrisa etrusca esta tarde en la Sociedad General de Autores de España.

Un celtíbero internacional

Vive a cien pasos de la Gran Vía, en un ático grande y luminoso lleno de silencio, con una terraza algo silvestre, y entre sus cuadros figura un retrato suyo hecho por Mompou en 1957 en el que aparece con un sombrero de paja comprado en el Rastro por dos pesetas un día de calor exagerado, y el gancho del arrastre de barcas de El río que nos lleva. Cuando en 1983 terminó, al fin, Octubre, octubre, después de 19 años de esfuerzo, Sampedro eligió entre sus múltiples ideas la de contar La sonrisa etrusca: la historia de un viejo campesino calabrés que viaja a Milán para que un médico le confirme lo que intuye. El ahogo que la ciudad produce en ese hombre libre quedará compensado por el descubrimiento de su nieto, Bruno, que inspira los fragmentos más cristalinos de un relato ya de por sí transparente como fue el propósito: escribir algo como La historia de la Orden de San Jerónimo, de José de Sigüenza, de la que oyó hablar en páginas de Miguel de Unamuno. Ahí aparece un manantial que el escritor retuvo en la memoria durante 40 años y que le ha guiado para el tono del libro. "No hay trucos literarios. Está escrito con la máxima sencillez que he podido alcanzar. A lo que juego es a que haya toda la ternura posible con toda la transparencia posible".



Historias

"Hay muchas historias en la novela", reconoce, "pero en la vida siempre hay muchas historias". Todas ellas tienen un precedente en la vida real. La pasión por la naturaleza, representada en ese viejo anarquista que Sampedro retrata cálidamente viene de aquel año que pasó cuando tenía 9 ó 10 en casa de su tío el médico en un pueblecito de Soria, y de la guerra de España; mejor dicho, de sus recorridos por los campos, soldado sucesivo en los dos ejércitos enfrentados, y de su contacto con sus colegas campesinos. En la guerra llegó como máximo a cabo. "Ya entonces no me gustaba mandar", dice. De aquel recuerdo nació también El río que nos lleva y, posteriormente, su nombramiento de Gancho Mayor del Reino con el que lo condecoró el ayuntamiento conquense de Peralejos de las Truchas. La historia del abuelo y el niño: "Hombre, claro", reconoce Sampedro, "ése es el gran tema". En su despacho, en un rincón, un triciclo. Reconoce más cosas: el niño es su nieto, Miguel, de cuatro años, que vive en Aravaca, Madrid, y con quien va a jugar muchas tardes, y reconoce que los pasajes que al niño atañen son verdaderos como pocos. "Toda novela a la que uno se entrega podrá ser mala, pero es autobiográfica".

Salvatore, el viejo, no teme la muerte agazapatada tras el dolor que a veces le roe las tripas, pero le obsesiona morir después de Cantanotte, el viejo fascista semiparalítico de su pueblo con quien mantiene un viejo enfrentamiento. " ¡Yo no le doy a ese cabrón el gustazo de ir a mi funeral!", dice el antiguo partisano.

"También soy eso", dice Sampedro; "Cantanotte tiene sus razones. Todo ser humano tiene su razón. No la razón, pero sí su razón".

¿Por qué en Italia? "En el fondo se podría contar igual con la historia de un extremeño en Madrid, por ejemplo, pero al público le cuesta más identificarse con el personaje de un mundo que él ya conoce y no se entrega tanto al personaje".

Llama la atención la intensidad con que escribe Sampedro. De hecho, llama la atención la intensidad que pone para cualquier cosa. Escribió Congreso en Estocolmo -una de sus siete novelas, aunque ha publicado cinco- en el verano de 1951, a veces en un tren de cercanías, con una máquina portátil en las rodillas. Aquel verano sufría un trabajo que no le satisfacía y escapó con la escritura. Un día, un señor le protestó en el tren: "Con el calor que hace aquí, y usted escribiendo; nos da más calor". La rapidez de Congreso... fue excepción: El río... le llevó 11 años, y Octubre..., 19.

No se siente desbordado por la importancia de Octubre..., reconocida con bastante unanimidad tras su publicación. "Cada obra es distinta". En ella, siempre supo que su ambición de crear un mundo era desmesurada. "Sobre 100, conseguí digamos 70. En La sonrisa... me he acercado más".

Galdós y Victor Hugo dibujaban sus personajes. Sampedro consigue fotos de ellos, y particularmente de los femeninos, más difíciles. La cara de Ágata, en Octubre..., es la de un paje que aparece en un cuadro renacentista italiano hallado en una revista tras años de búsqueda. "Recorté la imagen y la llevé en la cartera durante ocho o diez años como si fuera una novia". La formidable documentación que se encuentra tras toda novela de Sampedro tiene un sólo objetivo: "Que yo me crea mi historia. Si no me la creo yo, ¿cómo voy a convencer a los demás?". Sampedro puede mostrar los mapas de Madrid, desde el año 1600, que usó para Octubre..., o las minuciosas planillas en las que sigue la vida de sus personajes.

Aventuras

El escritor se considera a sí mismo más un anarquista que otra cosa. No soy un anarquista de poner bombas, como no lo son los anarquistas de verdad. Soy un anarquista un poco barojiano. Me gusta ir gratis a los institutos de la periferia de Madrid y esas cosas". Esas cosas son, por ejemplo, sus paseos por Madrid, "que es donde están las grandes aventuras. Lo bonito de Madrid es, todavía, la tremenda facilidad de hablar con cualquiera". Aventura es para este joven de 68 años encontrar una peluquería donde, bajo el perfil de una mujer años veinte, aparece la leyenda "Se arregla el pelo a señoritas", o poder aprender los nombres de pasteles en el escaparate de la confitería de la esquina. La sonrisa etrusca está

impresa Sampedro ya acaricia la idea de escribir la historia de la vieja sirena: una sirena que envejece, un ser inmortal que envejece. "¡Un tema fabuloso!", se entusiasma, y por una vez se pone abstracto: "La voluptuosidad de la sombra de la muerte cerca de la vida".

<https://www.mundolatino.org/textos/etrusca.htm>

La sonrisa Etrusca

JORGE ECHEVERRI GONZÁLEZ

La vida nos da de pronto pequeños grandes regalos sorprendidos. En Barcelona, España, tuve en este otoño de 1998 uno de ellos: conocer a José Luis Sampedro por medio de su libro *La Sonrisa Etrusca*.

Con frecuencia una obra artística nace de una imagen que obsesiona a su autor. En el caso de Sampedro con *La Sonrisa Etrusca*, esta imagen es la de un anciano que contempla embelesado el conjunto escultórico colocado sobre el sarcófago etrusco conocido como "Los Esposos" en el museo de Villa Giulia en Roma. Salvatore Roncone, viejo partisano de Roccasera (Calabria) en el sur de Italia viaja con su hijo Renato hacia Milán para ser tratado de un cáncer. En el camino, mientras Renato realiza algunas averiguaciones con la administración del museo, Salvatore descubre la sonrisa indescriptible, sabia, enigmática, serena y voluptuosa del etrusco representado en la escultura, que con ternura abraza a su esposa. Ambos están recostados sobre un canapé en la presencia eterna que les da la piedra y con el enigma del misterio de un pueblo del que poco se conoce. Y en esa sonrisa del hombre etrusco, Salvatore se reconoce, con ella se identifica. Todavía no sabe que algo de esa ternura va a despertarse en su interior en el encuentro con su nieto milanés. A lo mejor en sus células actúan genes ancestrales de ese pueblo perdido en las sombras de la historia.



Sarcófago de los esposos (s. VI a. C.).

Escultura etrusca realizada en terracota. Museo de Arte etrusco Villa Giulia (Roma)

En el encuentro con el nieto Sampedro representa el choque de dos mundos: el de Renato y su joven y ejecutiva esposa Andrea, matrimonio nuclear con un pequeño hijo perdidos en la jungla de la Milán industrial, frente a su mundo campesino, de familias patriarcales y odios ancestrales entre vecinos colocados en orillas políticas distintas. Salvatore actuó en la resistencia contra los fascistas por allá en la mitad del siglo y los recuerdos de esa época recurren sin cesar en esos días de convivencia con la mínima unidad familiar de su hijo y nieto. Salvatore ve en el mundo que le toca vivir a su hijo un grave peligro para su formación y decide salvarlo de la trampa que significa, en su imagen del mundo, la ciudad moderna. Y actúa como si aún estuviera en la guerra clandestina, frente a los enemigos, en este momento inasibles e imaginarios. Su meta es salvar al nieto de la jungla citadina y llevarlo de regreso a su Calabria natal para que crezca en las montañas, bajo el cielo azul y en los olores y sabores del campo.

Pero en la Milán moderna, como en la Calabria campesina, no todo es bello pues en ambos hay hombres que hacen de su habitat un entramado de peligros y de odios que conviven con la ternura y el amor. En la mente de Salvatore los espacios y los tiempos se confunden. El apartamento de su hijo y el refugio en la montaña, uno ahora y otro varias décadas atrás, se funden en uno solo. Los peligros son los mismos no importa que se den en épocas distintas. En la guerra, Salvatore había descubierto el amor. Por Salvinia, la mujer que ama, se hace partisano y lucha en la resistencia. Y la imagen de Dunka, su compañera en la clandestinidad, vuelve y vuelve a su mente: "su cuerpo sí que era frutal, dulce, oloroso. Y jamás fría la tibia piel...". En la guerra vive la ternura: en sus brazos muere Daniel, el joven enlace que los salva y al que él no pudo salvar. En esta nueva lucha también encuentra la

ternura representada en Hortensia, la madura mujer que lo acoge y le acolita sus locuras y en cuyos brazos finalmente muere.

Salvatore representa el cariño rudo, curtido por las dificultades del mundo hostil, que enciende chispas de vida para poder sobrevivir. A su mente llega otra visión que lo personifica: la madona guerrera que Miguel Angel esculpe en la Pietá Rondanini Torlonio. La ha contemplado coronada de casco marcial en un museo de Milán, impasible, como él, ante la muerte. Esta Pietá, el cariño de Hortensia y la ternura de su nieto, le dan sentido a Salvatore en la ciudad inhóspita.



Para completar la identificación de sus mundos, su nieto se llama Bruno y Bruno es el alias con el que le conocían en la resistencia. La coincidencia le sorprende, pues su hijo nunca supo de su alias. Y por la mirada tierna del bebé se enciende en llamas el rescoldo de ternura que el viejo campesino ha tratado de ahogar toda la vida y que a medias le permite controlar el odio que siente hacia el grupo familiar rival en su pueblo. Sólo espera que muera el patriarca de esa familia rival para regresar con el nieto, triunfante a su pueblo. El amor y el odio lo sostienen en su lucha por la vida. El abuelo quiere proteger al nieto, como protegió a sus vecinos en la guerra.

En Milán todo le molesta: la siente como una trampa, las frutas no tienen sabor, las calles son apestosas, la ciudad todo lo corrompe, como corrompe la nieve que observa sucia desde su ventana. En la ciudad "confunden las estampas con las cosas" dice cuando hojea un libro de arte etrusco en el que trata de recuperar el sentimiento ante las esculturas, o cuando mira las revistas porno de los kioscos de la esquina. Ni en el libro ni en las revistas encuentra la ternura o el amor. La ciudad falsifica la vida. Y Salvatore quiere la vida para su nieto. Ante él, su cariño rudo se ablanda. Ante Hortensia y en sus recuerdos, la ternura está más allá del sexo frío y comercial, como lo estuvo en su antigua compañera de luchas. En su

mente las casas campesinas cuentan las historias que en ellas se han vivido y el apartamento calla sus encierros.

Sin embargo la vida sigue implacable. Terminado el objeto de su odio, cuando le llega la noticia de su muerte del rival pueblerino y encendido el rescoldo de su ternura, Salvatore muere y en la muerte, conserva la misma sonrisa que un día viera en el esposo etrusco del sarcófago.

Doy gracias a la vida por haber puesto en mis manos *La Sonrisa Etrusca* de José Luis Sampedro.

<https://www.elcultural.com/revista/letras/Razones-para-leer-a-Sampedro/39140>

RAZONES PARA LEER A SAMPEDRO

En una sociedad desorientada y en crisis, José Luis Sampedro (1917-2013) se convirtió en la voz de los sin voz, en un indignado más. En vísperas de su centenario (nació el 1 de febrero en Madrid), amigos y cómplices, economistas, editores y novelistas, rinden homenaje al narrador, al humanista, al referente ético... y ofrecen, a su manera, razones para leerlo. Mientras, la Biblioteca Nacional inaugura “Las lecturas de JLS”, y sus libros vuelven a tomar las calles.

EL CULTURAL | 27/01/2017

Seductora sonrisa etrusca, por Manuel Vilas

Leí *La sonrisa etrusca* siendo un crío y me entusiasmó. Recuerdo que se trataba de una historia muy sentimental sobre un anciano que había sido partisano en su juventud y que debía abandonar su tierra calabresa para ser tratado de un cáncer en una gran ciudad. Me conmovió, porque lo asocié además con una novela de Miguel Delibes, ya que compartían una visión similar, conmovedora pero sin sentimentalismos. Del Sampedro economista me gustaría resaltar cómo se propuso humanizar esa ciencia y ofrecer esperanza, con cifras, a un mundo que estaba sumido en una profundísima crisis de valores. Sin embargo, por lo que al Sampedro novelista se refiere, me temo que fue devorado por el referente moral que también fue, en una época en la que la sociedad española necesitaba ejemplos éticos como el que representaba. Parecía un intelectual de izquierdas pero lo era en un sentido más ético que político, y tan transversal como Bauman, por ejemplo.

Una lección de vida permanente, por David Trías

Conocí a Sampedro en su última etapa, cuando publicamos una de sus novelas más audaces, *El amante lesbiano*, que editó Angel Lucía, su cómplice y amigo, y uno de mis maestros. Luego tuve la suerte de editar personalmente *La ciencia y la vida*, un libro de conversaciones a dos voces con Valentín Fuster. Sampedro era muy llano, delicado y atento y le gustaba mucho la gente joven. Como autor, atendía las sugerencias que sus editores le hacíamos y respetaba el trabajo de ilustradores, portadistas. Generoso y humilde, era en sí mismo una lección de vida permanente y mostraba su humanismo en las distancias cortas. ¡Cómo olvidar su sentido del humor, su ternura, tan fuertes como su audacia y su rebeldía! Por eso, con Olga Lucas, su viuda, queremos que su memoria literaria y humana siga viva.



El río que me llevó, por Eduardo Martínez de Pisón

Mi interés por la obra de Sampedro nace de mi trabajo: soy geógrafo, así que me apasionó *El río que nos lleva*, un relato fascinante sobre los gancheros del Tajo. Por esa misma época, principios de los 60, recorrí palmo a palmo los paisajes del libro, el Sistema Ibérico y el Alto Tajo, que tan bien describe. Me interesaron además los aspectos entológicos del libro, y su capacidad para recrear un mundo arcaico y hermético que aún perduraba y que yo mismo llegué a conocer muy bien, ya que dirigí un trabajo sobre aquella zona. Con el tiempo se lo dije, le expliqué lo muchísimo que había aprendido con su novela sobre el conocimiento del terreno, el marco físico y humano, y sobre el paisaje. La verdad es que como narrador arrancó con algo muy bello (*El río que nos lleva* fue su segunda novela) diciendo lo que era la España interior, con muchísimo sentimiento y muchísima emoción.

Encuentro entre dos vidas, por Óscar Esquivias

Sampedro me resultaba extraordinariamente simpático, por su nobleza, por su claridad de ideas, por la sinceridad y valentía con las que las exponía (y la gentileza: era una persona muy educada, que intervenía en cualquier polémica con sabiduría y con cortesía). Como escritor, me maravillaba su conocimiento de los personajes. La novela que más me gustó de él fue *La sonrisa etrusca*. Creo que es la más humana y sentida de las suyas (de las que yo conozco) y que acertó a plasmar con mucha verdad ese encuentro entre dos vidas, una que se agota y otra que nace. Otras novelas me parecen menos vivas, pero siempre muy bien hechas, profesionales, muy documentadas.

Un escritor luminoso, por Soledad Puértolas

José Luis Sampedro aportó una visión humanista, profundamente humanista de la escritura. Era de esos escritores que creen en el ser humano. Un escritor constructivo, luminoso, lo que no es tan habitual, y menos en una época en la que predominaba una visión negativa, pesimista del ser humano. Aunque no era un ingenuo. El libro que más me interesó de él fue *El río que nos lleva*, y también *La sonrisa etrusca*. Cuando yo llegué a la Academia él ya venía poco, pero tuve la oportunidad de ver cómo se relacionaba con el resto; era todo comprensión, elegancia, un hombre de antiguos modos y a la vez sumamente moderno. Y, muy importante, un hombre que sabía escuchar. De ahí su sintonía con los jóvenes.

Un economista dividido, por Gabriel Tortella

José Luis Sampedro fue un excelente economista, sobre todo como ensayista, un poco al estilo de Galbraith. En realidad contribuyó a hacer de la Estructura Económica una asignatura más moderna que la mezcla de economía descriptiva y geografía económica que era cuando él comenzó a dar clase en la Universidad hacia 1950. Su libro *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* (1967), que reelería ahora con mucho gusto, constituyó una gran novedad, ofreciendo una panorámica de los principales problemas mundiales del tiempo, y tuvo mucho éxito. De todo lo que leí de él es lo que más impresión me ha hecho.

Pero era una persona dividida. Empezó seriamente una carrera de novelista y ensayista, y adoptó un atuendo más bohemio y contracultural. Yo creo que como economista dejó de contar por entonces. Cuando en 2010 leí una entrevista suya en que abogaba por la banca pública y atacaba a la privada en plena crisis y debacle de la única banca pública que había en España, que eran las cajas de ahorro, de las que ni hacía mención, me quedé estupefacto. Y él tenía que saber

banca, porque estuvo muchos años ligado al Banco Exterior, banco público por cierto que fue privatizado en los años 80.

Referente ético, por Elvira Navarro

Del Sampedro literato tengo poco que decir: sólo leí un libro que apenas recuerdo (era adolescente), pero es imposible olvidar al intelectual que era como un abuelito simpático en el mejor de los sentidos, y, por encima de todo, un referente ético debido a sus valores humanísticos (y el humanismo sigue siendo la ideología imperante). Sampedro encarnaba el razonamiento humanístico de una manera sencilla, natural. Y si se le considera un referente ético es porque llegó a mucha gente y creo que cuando alguien llega a convertirse en referente ético de todo un pueblo, es por su coherencia. Sampedro la tenía, la tuvo en tiempos en los que era muy difícil de encontrar, lo que explica la trascendencia de todas sus actuaciones. ¡Lástima que no haya sido un autor demasiado leído por otros escritores!

Regreso a Monte Sinaí, José Ovejero

Confieso que el libro de José Luis Sampedro que recuerdo con más cariño es uno de los más breves, Monte Sinaí, aunque lo primero que leí, antes de saber que también era un narrador, fue un tratado de Economía que en la carrera llamábamos coloquialmente el Sampedro. Después descubrí La sonrisa etrusca, Octubre, octubre, pero mi preferido siempre fue Monte Sinaí, que he releído en varias ocasiones. Recuerdo que lo que más me gustó entonces (y me sigue gustando ahora) fue su naturalidad al narrar algo trágico, muy doloroso, casi aterrador, como es una operación a vida o muerte, y hacerlo sin tremendismo, revelando lo que siente con minuciosidad, y demorándose en los detalles cotidianos de la hospitalización.

ENTREVISTA A JOSÉ LUIS SAMPEDRO (8 DE MAYO DE 2014)



Salvados Entrevista a José Luis Sampedro
Salvados Entrevista a José Luis Sampedro



<https://www.youtube.com/watch?v=ANvhGRT7EMk>